

**DISCIPULADO Y HERENCIA FILOSÓFICA
EN EL PENSAMIENTO DE SEXTO EMPÍRICO**

MARISA DIVENOSA¹

RESUMEN. En este trabajo se aborda la figura del maestro y del discípulo en el marco de los lineamientos especulativos de Sexto Empírico. Cada uno de las filosofías que el escéptico retoma y reconstruye se torna un modelo criticado. De este modo, el lugar del maestro ejercido por los filósofos que lo precedieron es sistemáticamente devastado. En este marco general, retomamos particularmente el caso de los maestros del buen vivir, que ocupan a Sexto particularmente en los *Esbozos Pirrónicos* y en *Contra los Éticos*. Allí la operatoria del escéptico encuentra su postura más radical respecto de la posibilidad de erigirse en maestro de otros y de entablar relaciones discipulares. Sin embargo, la orientación escéptica no puede liberarse completamente del entretejido de relaciones discipulares.

Palabras clave: escepticismo, ética, método, arte de vivir, maestro del buen vivir

ABSTRACT. This paper deals with the figure of the master and the disciple in the framework of Sextus Empiricus' speculative guidelines. Each of the philosophies that the Skeptic takes up and reconstructs becomes a criticized model. Thus, the place of the master exercised by the philosophers who preceded him is systematically devastated. In this general framework, we take up in particular the case of the masters of the good life, who occupy Sextus particularly in the *Pyrrhonic Sketches* and in *Against the Ethicists*. There the operation of the skeptic finds its most radical position with respect to the possibility of setting oneself up as a teacher of others and of establishing disciplic relationships. However, the skeptical orientation cannot completely free itself from the interweaving of disciplic relationships.

Keywords: Skepticism, ethics, method, art of living, master of the good life.

¹ UBA, UNLa. E mail: mdivenosa@yahoo.com.

Fecha de recepción: 5/12/2022; fecha de aceptación: 12/12/2022.

DOI: <https://doi.org/10.46553/sty.31.31.2022.p128-140>

I. INTRODUCCIÓN

Los desarrollos filosóficos propuestos por Sexto Empírico actúan retomando constantemente las elaboraciones filosóficas anteriores a su momento histórico y las voces contemporáneas que se hacen eco de ellas. Son tomadas como punto de partida de la crítica que el escéptico opera, edificios teóricos que se vuelven la materia ideal para demostrar la imposibilidad de afirmar y de construir teoría. Los pensadores de la historia de las ideas se vuelven entonces para Sexto eventuales maestros. El hecho de que el corpus de sus escritos queda prácticamente sumido completamente bajo el nombre *Mathematicos*, es decir impartidores de *mathémata* o lecciones, así lo evidencia. Por otro lado, el escéptico se toma un momento para pensar específicamente en esta figura del enseñante y de lo que transmitiría, tanto en los *Esbozos Pirrónicos* (EP III XXV 239-XXIX 265) como en el tratado *Contra los éticos* (168-256). Es en las preliminares de la investigación de Sexto sobre la buena vida, donde distingue el objeto que se enseñaría (*tis máthesis, tis prâgma*), un enseñante (*ho didáskon*), un enseñado (*ho manthánon*) y un método de enseñanza (*ho trópos tês mathéseos*) (CE 218). Esto nos indica que ese vínculo pedagógico no debió ser completamente indiferente a Sexto.

En esta perspectiva, en este artículo se propone reconstruir el tipo de relación discipular que Sexto mantuvo con la tradición de filósofos de la que se nutrió, y evaluar por otro lado qué clase de enseñanza del escepticismo pudo haber proyectado.

II. CANDIDATOS A MAESTROS

Sexto Empírico es una fuente invaluable del pensamiento clásico, precisamente por el hecho de que, para avanzar en su propuesta, presenta las posiciones del universo de los dogmáticos, constituido por todos aquellos que no suspenden el juicio. En su avance, aunque no puede postular un método a seguir -porque con esto se fijaría en un dogmatismo-, sin duda es posible constatar que existe un *modus operandi* sextiano, que se asienta en la divergencia o irregularidad (*anomalía*) que el hombre experimenta en las cosas, y que genera en él dudas acerca de con qué información que recibe debe estar

de acuerdo.² En el marco general de esta modalidad argumentativa, los interlocutores son todos los que hayan afirmado algo, que quedan designados con la denominación general y amalgamadora de *dogmáticos*. Como si se tratara de una herejía, ellos son los anti-paradigmáticos intelectuales de los que hay que apartarse. No parece haber modelos ni maestros de quienes aprender, e incluso no parece haber nada que aprender. Podemos tomar aleatoriamente cualquier pasaje central de cada tema, y encontramos la misma modalidad sextiana de leer sus fuentes.

Lo primero es presentar un tema, sobre el que se plantean *dos posiciones* extremas opuestas o en el que se pueda establecer el contrapunto entre *dos elementos que lo componen*, tal como corresponde a la estructura *isosthénica* que declara, desde muy temprano, como propia del escepticismo.³ Veamos cómo funciona esto, tomando como ejemplo la “inexistencia de la demostración (*apódeixis*)” (EP II XIII 144-192). El argumento es –y por momentos falaz–, pero en su segmento esencial, leemos:

Los dogmáticos alegan que una de dos: o los argumentos que se proponen contra la demostración son demostrativos o no demostrativos. Y si no son demostrativos no pueden demostrar que no existe la demostración; mientras que si son demostrativos, ellos mismos, volviendo del revés el argumento, implican la realidad de la demostración. De ahí que planteen semejante razonamiento: <Sexto reproduce el supuesto argumento de algunos de los dogmáticos> “Si existe la demostración, existe la demostración; si no existe la demostración, existe la demostración; pero o existe la demostración o no existe la demostración; luego, existe la demostración”.⁴

La dialéctica sextiana planteará entonces la inviabilidad del punto 1 –existe la demostración– y luego la inviabilidad del punto 2 –no existe la demostración–, por incurrir siempre y en cada caso en una contradicción. En las primeras líneas de cada argumento, suele aparecer también la *multivoci-*

² EP I 12: διὰ τὴν ἐν τοῖς πράγμασιν ἀνωμαλίαν.

³ EP I II 5, 8.

⁴ EP II XIII 185-186.

dad con la que se habla del tema, e incluso el planteo cambia cada vez que se pretende asirlo y observarlo en detalle. Sexto retoma las voces *dogmáticas* y las presenta como posibles autoridades para enseñar algo sobre el tema tratado, pero al mismo tiempo descubre su inhabilidad para proveer de explicaciones sólidas. Suele aparecer allí una serie de *analogías*, a partir de las cuales se verifica nuevamente la *falta de unidad* de opiniones sobre el objeto que se estudia.

Por otro lado, aparece generalmente también una *concesión*, característica de la modalidad sextiana: supone que no nos persuade de lo que pretende mostrar, pero incluso así, el argumento que presenta no pierde su fuerza. Con respecto a la demostración: una vez admitido que es probable que los argumentos contra la demostración sean demostrativos, Sexto agrega:

Pero si, como consecuencia, resultan además [razonamientos] demostrativos –*lo que nosotros no aseguramos [pero concedemos]*–, también serán forzosamente verdaderos. Pero razonamientos verdaderos son los que encadenan bien una cosa verdadera con otras verdaderas. Así pues, su conclusión será verdadera. Pero ella sería precisamente “luego, no existe la demostración”. En consecuencia, por inversión de su mismo argumento se da lo de que no existe la demostración.⁵

Esta concesión que Sexto hace muy frecuentemente a su interlocutor incrédulo parece sumar una cierta flexibilidad que refuerza los efectos psicológicos de una sugestión, en ese interlocutor, de que tiene la posibilidad de resistirse a las conclusiones escépticas; de este modo, al bajar la guardia, los argumentos que vienen a continuación cobrarían mayor fuerza.⁶

Adicionalmente, el escéptico suele jugar con la *aplicación* de la idea tomada del dogmático *a sí misma*, forzando una contradicción. En el caso de nuestro ejemplo:

⁵ EP XIII 187.

⁶ Sobre algunos factores psicológicos de las argumentaciones de Sexto Empírico cf. HOOKWAY (1990: 104).

Y además, los razonamientos –lo mismo que los medicamentos para las purgaciones se expulsan a sí mismos junto con las sustancias que se hallan en el cuerpo– pueden también ellos aplicarse a sí mismos a la vez que a los demás razonamientos que se dicen demostrativos.⁷

Al reflexionar sobre si “existe y no existe la demostración”, se llega a la –deseada– suspensión del juicio. La conclusión de este complejo argumento es:

pues si los razonamientos a favor de la demostración son probables –¡séanlo, en efecto! – y también son probables las impugnaciones expuestas contra la demostración, entonces *también sobre la demostración será necesario mantener en suspenso el juicio, diciendo que la demostración lo mismo existe que no existe.*⁸

Que el dogmático tenga un discurso digno de observación y de análisis, lo constituye –en cierto modo, dijimos– en portavoz de un pensamiento que potencialmente es una *lección* a aprender; es un potencial maestro. La falla de esta lección está en el grado de compromiso que mantiene con la realidad, y en el sustento que puede obtenerse de ella, tanto como en la pluralidad de posiciones contradictorias que sostienen entre sí, que las invalida como palabra autorizada. Al realizar afirmaciones y comprometerse entonces con un estado de cosas, todos en conjunto portan un disvalor, no tanto por los contenidos que proponen, sino por la manera asertórica en que los presentan. Son entonces –como decíamos– anti-paradigmáticos, anti-maestros a los ojos de Sexto.

III. MAESTROS Y ARTE DE VIVIR

Lo que dijimos hasta aquí, que tiene sentido para el planteo escéptico general, puede verse aun a la luz de otro argumento más específico sobre la rela-

⁷ EP II XIII 188.

⁸ EP II XIII 192.

ción entre maestro y discípulo. Cuando Sexto tematiza, en sus EP y en CE, la existencia o inexistencia de un “arte de vivir” (*tékhnē tou bíou*; EP III XXV 239-XXIX 265; CE 168-256), no solo la relación sino la existencia misma de una maestro se pone en duda. El argumento –que es muy similar en ambos textos– comienza por investigar la dupla bueno y malo, a la que Sexto suma lo indiferente (*adiáphoron*) como posición que no implica lo bueno ni lo malo. Las líneas por las que avanza el argumento son variadas e *isosthénicas*. La primera ataca la *existencia misma del bien* (179-238). Esquemáticamente retomado:⁹

a) no hay unanimidad sobre qué es lo bueno, por lo tanto no hay un bien natural (179). Esto se ve por la disparidad de cosas a las que se califica de buenas o malas. Si hubiera un bien natural, todos tendríamos igual percepción de él. El supuesto de Sexto es que *lo natural produce* phainómena iguales, es común. Si encontramos algo común en el señalamiento del bien, ese será el bien natural. Expresiones como “común” (*koinós*), “para todos” (*pâsin*), “por igual” (*homoiós*), tiñen todo el pasaje. Los ejemplos propuestos de la nieve que, en tanto algo natural, enfría igualmente a todos y no a unos sí y a otros no, y del fuego, que también actúa de manera homogénea, son las imágenes que Sexto presenta sobre la manera en que piensa un ‘bien natural’.

El bloque argumentativo que leemos en CE es paralelo al de EP:

Una vez que se ha mostrado con estas consideraciones, y en buena parte por medio de ejemplos, la falta de acuerdo respecto de la pre-noción (*prólepsis*) de los bienes y los males, así como de las cosas indiferentes, habrá que ocuparse también a continuación de lo que dicen los escépticos respecto de la cuestión planteada. Pues bien, si

⁹ En los primeros párrafos del desarrollo (173-4), Sexto presenta argumentos similares al que leemos en Platón, *Menón* 80d5-8, tendientes a mostrar que, quien no sabe, nada puede llegar a saber; el tratamiento se repite más abajo –lo retomamos–, pero es interesante señalar que Sexto hace jugar en su razonamiento el prejuicio de que saber e ignorancia son estados, condiciones estáticas y permanente, lo cual imposibilita el tránsito de una a otra; lo mismo sucede respecto de la necesidad de conocer qué es lo que se investiga, para poder aprenderlo, etc.; sobre un análisis del pasaje de Sexto y el de *Menón* cf. HANKINSON (1994). Sobre el bien y la posible posición dogmática del Pirrón sobre él cf. BETT (1994).

*existe algo bueno por naturaleza, y existe algo malo por naturaleza, esto debe ser común (koinón) para todos y debe ser bueno o malo para todos.*¹⁰

Como en el caso de los EP, pensar al bien como algo natural implica para Sexto que *afecte igualmente* a todos los seres humanos. Al no poder verificarse eso, el filósofo concluye: el bien no es algo natural.¹¹

b) Los peripatéticos y estoicos dicen que hay tres tipos de bienes: los del cuerpo, los del alma y los externos (180-182), pero esto no puede afirmarse porque no hay posibilidad de acordar un criterio ni existe una demostración al respecto.

c) Sexto examina también el argumento relativo a que lo bueno es el hecho de elegir o algo elegible (183). Pero, si así fuera –dice–, lo sería respecto de bienes del cuerpo, del alma o exteriores, lo cual ya fue refutado (188-190).

d) A continuación, retomando nuevamente argumentos peripatéticos, estoicos y epicúreos, Sexto evalúa si lo justo, lo bueno o lo excelente pueden ser considerados bienes, pero encuentra evaluaciones tan disímiles sobre ellos que concluye sobre la imposibilidad de determinar en qué consiste cada uno, y si son realmente buenos (193-218).

e) Finalmente, revisa la posición que afirma que los dioses y el culto a los muertos son buenos, respecto de lo cual se llega al mismo punto de no poder expresarse (218-232).

Agotadas estas primeras observaciones de rango general, en los EP Sexto presenta sus acostumbradas alternativas y analogías, centrándose en la pregunta sobre *si el hombre tiene un arte de vivir* (250-251). Si el arte de vivir existe, se dará de manera natural o por aprendizaje y enseñanza (251). En

¹⁰ CE 68-71.

¹¹ Epicteto (S.E., AM XI 68-69) y Crisipo (*Diss.* I 22, 1) consideran que existen tales prenociones.

primer lugar, demuestra la inexistencia de toda *tékhnē*, pero luego concede: en caso de que este arte exista, ¿es enseñable? (252-272). Así, se enseña lo verdadero o lo falso (*alēthēs*, *pseudēs*); se enseña lo que es manifiesto (*phainómenon*) o no manifiesto (*ádēlon*); se enseña lo corpóreo o lo incorpóreo (*sóma*, *asómaton*); se enseña algo que existe o algo que no existe (*tò ón*, *tò mē ón*). En cada caso Sexto llega a la aporía de no tener qué enseñar.

Este es el corazón del cuestionamiento que me interesa compartir, porque explícitamente el escéptico abre la pregunta sobre la *existencia del maestro* (*ho didáskōn*) y *del discípulo* (*ho manthánon*) (259-265):

En efecto, o enseña el experto (*tekhnítes*) al experto, o el inexperto (*ho átekhnos*) al inexperto, o el inexperto al experto o el experto al inexperto. Ahora bien, el experto no enseña al experto, pues ninguno de ellos, en tanto que experto, necesita del aprendizaje (*máthēsis*).¹²

Las relaciones mutuas entre quienes saben y entre quienes no saben son fácilmente refutables; lo mismo respecto de la posibilidad de que quien no sepa enseñe al que sabe. La alternativa nodal es la que conecta a quien sabe (*ho tekhnítes*) a quien debe saber, con quien necesita aprender (*deítai mathéseos*). Como es de esperar, también aquí se abre un abanico de posibilidades:

a) no se observa que nadie sea experto por naturaleza, porque no hay experiencia de alguien que “venga al ser” sabiendo.

b) Nadie que sea inexperto se convierte en experto, ya que esto no se da por una sola aprehensión (*mía katálepsis*) o razonamiento (*hèn theórema*). Una técnica es un “sistema de aprehensiones” (*sýstēma ek katalépsēon*, 261), por lo tanto no puede adquirirse por una sola aprehensión o teorema.

c) Si alguien ya posee conocimiento de algunos teoremas, pero para devenir experto le falta uno, ¿cómo sabrá cuál de todos los restantes le falta, y adqui-

¹² EP III XXIX 259.

riéndolo, tendrá experticia? Es imposible saberlo, por lo tanto no podrá volverse experto, si le falta algo de conocimiento.

d) Nadie adquiere todo el conocimiento de golpe, sino de a poco; se adquiere un elemento por vez. Pero ya se dijo que con la adquisición de un elemento nadie se vuelve experto, de modo que no se puede pasar de ser inexperto a experto. Más aún: “el experto es inexistente y, por lo mismo, también el maestro” (265).

e) El argumento final de la sección desecha completamente toda posibilidad de cambio y, con ella, de aprendizaje:

Por otro lado, el que siendo inexperto se dice que aprende, no puede aprender (*manthánein*) ni aprehender (*katalambánein*) los teoremas del arte en el que es inexperto, pues así como el ciego de nacimiento no podría, por cuanto que es ciego, adquirir una idea de los colores ni análogamente el sordo de nacimiento del sonido, así tampoco podrá el inexperto aprehender los teoremas del arte en el que es inexperto. Pues además, en ese caso, un mismo individuo sería a la vez experto e inexperto en ellos; inexperto, puesto que tal se supone, y experto, puesto que posee la aprehensión de los teoremas del arte.¹³

La experticia interpretada en términos de capacidad actualizada y fija deja clausurada de este modo la posibilidad de que se produzca un cambio. Así, no hay posibilidad de considerar que existen maestros y discípulos, porque *nadie es capaz de modificar su estado cognitivo ni de ayudar a modificar el estado cognitivo de otro*. En los EP, Sexto vuelve sobre este punto, dedicando un momento a reflexionar –y desarticular– la posibilidad de que exista alguna forma, cualquiera, de enseñanza (*didaskalía*, 266). Esta se produciría por evidencia (*enargéia*) o por discurso (*lógos*). Por la primera no es posible, porque lo evidente no es objeto de enseñanza. Pero la enseñanza tampoco se da por un discurso, porque o significa (*semaínei*) algo o no significa nada. Si no significa nada, no puede enseñarse. Pero si el discurso signi-

¹³ EP III XXIX 264.

fica algo, lo significará por naturaleza (*phýsis*) o por convención (*thésis*, 267). Por naturaleza no puede ser, porque a partir del mismo *lógos* se comprenden muchas veces cosas diferentes –nos da el ejemplo de los bárbaros–. Pero tampoco por convención, porque en verdad el *lógos* remite siempre a un conocimiento anterior por parte de quien escucha la palabra y, si no posee ese conocimiento, nada enseñará el discurso. Así, todas las posibilidades quedan nuevamente disueltas. Sexto concluye:

El que enseña (*ho didáskōn*) debe producir en el que aprende (*ho mathētōn*) la aprehensión (*katálepsis*) de los teoremas del arte que está aprendiendo (*tō theōremáton tēs didaskpménes tékhnes*), para que este, al aprender el conjunto de ellos (*katalabōn tò sýstema touútōn*), se convierta en experto (*tekhnítes*). Pero como hicimos notar en capítulos anteriores, no existe ninguna aprehensión. Por consiguiente, tampoco puede darse realmente ninguna forma de enseñanza (*didaskalía*). Pero si no existe ni lo que se enseña, ni el maestro y el discípulo, ni la forma de aprendizaje, tampoco existen ni el aprendizaje (*máthesis*) ni la enseñanza (*didaskalía*).¹⁴

Todo este argumento pivotea entonces en el concepto de aprehensión (*katálepsis*) que, en el planteo de Sexto, es reemplazado con el del *phainómenon* que cada uno experimenta de manera involuntaria. Y no solo tenemos la imposibilidad de la existencia de todo esto –y especialmente del arte de vivir–, sino que –dirá el escéptico a continuación–, incluso si ese arte existiera, no beneficiaría al hombre (III XXXI 273-279).

IV. ALGUNAS LÍNEAS CONCLUSIVAS

Resulta difícil asumir sin más que para Sexto el escepticismo no puede sobrevivir como una orientación vital en quienes vendrán después de él: sin maestros que transmitan este modo de pensar, es esperable que el escepticismo desaparezca. Y todo indica que, como en los otros argumentos, el

¹⁴ EP III XXX 269.

laxante que se elimina con la indigestión evacúa también la orientación escéptica toda, y no solo los razonamientos que refuta.

Pero incluso si los argumentos respecto de la inexistencia de maestros y discípulos son firmes y claros,¹⁵ podemos pensar el tema a la luz del modo en que los escépticos encontraron las virtudes de la *ataraxía*:¹⁶ de la misma forma en que el pintor Apeles, después de numerosos intentos fallidos, consiguió plasmar la espuma en la boca del caballo que estaba pintando, al tirar desahuciado su pincel contra la tela, sin buscarla –dice Sexto–, de manera azarosa, los escépticos llegaron a comprender que la suspensión del juicio lleva a la imperturbabilidad.

En este sentido, es coherente concebir que para Sexto, aun sin teoría didáctica, ni contenido doctrinal básico ni ningún curriculum que un escéptico esté en condiciones de transmitir a un discípulo, es posible proporcionar algunas ideas a quienes se acercan a escuchar al escéptico. El criterio de la orientación escéptica (*agogé*, I 17) sería entonces la base para sentar, si no un contenido que *forme* nuevos escépticos, al menos ciertas líneas dentro de las cuales, diferenciándose de toda aseveración dogmática, el escepticismo marque una huella. Son entonces las exigencias vitales (*biotikè téresis*, I 22-23), que parten de la precariedad y fugacidad del fenómeno, el terreno sobre el que se realiza todo aprendizaje. Sin dogmatismo, la pretensión de Sexto es que podamos vivir *aprendiendo por nosotros mismos, pero tomando al hombre común, al hombre simple, como un referente*. Repetidas veces el escéptico insiste en que es bueno llevar una vida tal como lo hace el hombre particular (*ho toû anthrópou idiotés*);¹⁷ propone llevar una vida común (*ho bíos ho koinós*),¹⁸ sin un cuerpo teórico que pretenda explicar la realidad, pero contando allí con ciertos trazos, a través de las costumbres y de las leyes compartidas, sobre cómo encarar la vida práctica.¹⁹

¹⁵ FRANKLIN (1991: 305) señala que en la historia del escepticismo los ataques se dan a los argumentos, no a “escuelas”.

¹⁶ EP I 28-29.

¹⁷ EP II 24.

¹⁸ EP I 237; AM III 2.

¹⁹ Sobre la correlación -o no- de la suspensión del juicio en el ámbito filosófico y su relación con la vida práctica cf. EICHORN (2014: 124 ss.).

Aunque Sexto derriba argumentativamente la posibilidad de que un maestro enseñe el arte de vivir, con el que vendría aparejada la felicidad, no parece obturar por completo la posibilidad de que aprender filosofando transforme la vida humana. Su propia producción nos da signos de ello. Una transformación asistemática, un poco a tuestas –cierto–, sustancialmente atenta a no afirmar, sino solo a mantenerse en el vilo de lo que, en cada momento, va apareciéndose involuntariamente al hombre; se orienta hacia una actitud de acogida a lo que viene del entorno y responde sin conflicto a ello, y propone esforzarse por ocupar el lugar de alguien que, tras reflexionar –ya que la *epoché* no es una actitud espontánea–, pueda ser otra vez ingenuo en ese transcurrir.²⁰ Este parece constituir el núcleo de una buena vida escéptica. Y en ella, la única posibilidad es, una vez escuchado este consejo no-dogmático emanado del escéptico, el *volverse maestro de sí*. En este escenario movido por las exigencias vitales, se erige un *autodidactismo*, en el que, sin haber podido todavía encontrar conocimiento, estamos impulsados a seguir cuestionando. Como expresa Eichorn,²¹ se trata de desarrollar una *habilidad* de vivir sin afirmar y allí hay evidentemente más *práxis* que *teoría*.

BIBLIOGRAFÍA

- BETT, R., “What Did Pyrrho Think about ‘The Nature of the Divine and the Good’?”, *Phronesis* 39.3, 1994: 303-337.
- BETT, R., *Sextus Empiricus: Against the Ethicists*, Translated with an introduction and commentary by R.B., Oxford: Clarendon Press, 1997.
- BETT, R., *Pyrrho, his Antecedents, and his Legacy*, Oxford University Press, 2000.
- EICHORN, R., “How (not) to read Sextus Empiricus”, *Ancient Philosophy* 34, 2014: 121-149.
- FRANKLIN, J., “Healthy Scepticism”, *Philosophy* 66.257, 1991: 305-324.

²⁰ Sobre el lugar de la *epoché* y de la *isosthéneia* en la lectura de Sexto, cf. EICHORN (2014: 122 ss.).

²¹ EICHORN (2014: 126).

- HANKINSON, R. J., "Values, Objectivity, and Dialectic; The Sceptical Attack on Ethics: Its Methods, Aims, and Success", *Phronesis* 39.1, 1994: 45-68.
- HOKWAY, C., "Scepticism and Autonomy", *Proceedings of the Aristotelian Society* 90 New Series, 1989-1990: 103-118.